

X

Fué estrechándose cada vez más el cautiverio. La sensibilidad, que también domina la opinión, fué el móvil que introdujo algunos hombres adictos hasta los ventanillos de los calabozos del Temple. Algunos municipales urdieron un complot para hacer más llevadera la prisión de las princesas y poner en correspondencia á las cautivas con los agentes exteriores. Toulan, Lepitre, Beugneau, Vincent, Bruno, Merle y Michonis engañaban la vigilancia de los demás comisarios y las precauciones de la municipalidad.

Mr. Hue, ayuda de cámara del rey, libre y olvidado en París, se comunicaba con estos comisarios y transmitía á las princesas los pasos, las noticias, las esperanzas y las tramas que interesaban á su situación. Estas comunicaciones, verbales ó escritas, sólo llegaban á los oídos de las princesas venciendo muchas precauciones y estratagemas para engañar á los demás comisarios. Los municipales se vigilaban mutuamente. Una mirada ó un gesto que uno á otro sorprendiera, le hubiera conducido al cadalso. Los medios de comunicación que ponían en juego Toulan y Lepitre eran la mano de Turgy y los objetos inanimados. Una estufa calentaba el cuarto del piso tercero, antecámara común de la reina y de madama Isabel; en los tubos de los caloríferos colocaba Turgy los billetes, los avisos ó los fragmentos de periódicos que instruían á las princesas de lo que quería que supieran. A su vez las princesas ocultaban los billetes escritos con las tintas simpáticas que sólo podían leerse calentándolas. De tal modo llegaban hasta el calabozo de María Antonieta las noticias de los acontecimientos exteriores é interiores, la disposición de los ánimos, los progresos de la Vendée, las victorias de los ejércitos extranjeros, el falso brillo de esperanzas que alimentaban quiméricas conspiraciones para libertarlas, y algunas cartas impregnadas de lágrimas de verdadera amistad. Pero el corazón de la reina no abrigaba la esperanza. El horror de su situación dependía precisamente de que nada temía ni nada esperaba. No poseía la agitación del sufrimiento que lucha; adquirió la paz de la desesperación y la inmovilidad del sepulcro, junto con la sensibilidad de la vida.

La eterna separación del rey daba margen á que recayese sobre ella todo el peso de sus infortunios. Más ocupada de él que de sí misma, el cuidado de mitigar el cautiverio de su esposo la distrajo gran parte de sus inquietudes. Nada la levantaba ya del suelo en que se arrastraba abatida. Sólo veía en sus hijos partes dolorosas y mutiladas de su corazón. Era la herencia de un suplicio que enfrente de sí tenía, herencia que le recordaba que algún objeto querido vertería sangre tras ella.

La rodeaba la serenidad de su hermana, pero sin comunicarse á su alma. Creía á madama Isabel una persona impasible, colocada por la sublimidad de su fe y por la resignación de su naturaleza en una esfera inaccesible á las pasiones y á las inquietudes de la humanidad. La respetaba y la envidiaba; pero la naturaleza impresionable y apasionada de María Antonieta no tuvo otra semejanza con madama Isabel que su caída, otro contacto que la desgracia común. La una era un ángel; la otra, una mujer. Se hallaban en contacto en la tierra, pero las separaba el cielo.

XI

El 31 de Mayo, las princesas oyeron sin comprenderlo el lejano murmullo de la sublevación que abría á los girondinos. Hasta algunos días después no supieron la caída de estos hombres, que en vez de salvarlas, las arrastraron más rápidamente á la muerte. Hebert y Chaumette venían de vez en cuando á ser espectadores de su miseria, y ya se presentaban injuriosos, ya apiadados, retratando las variaciones populares. La criada de la reina, esposa de Tison, denunció á Toulan, Lepitre y sus cómplices, que



La reina en la plataforma de la torre del Temple.
Pág. 115.

fueron decapitados. Esta mujer, agitada por el remordimiento, enloqueció, se echó á los pies de la reina, y durante algunos días alborotó la cárcel con sus gritos, ofreciendo el espectáculo de su demencia. Las princesas, frente á este arrepentimiento y locura, olvidaron las delaciones de esta desgraciada, y la cuidaron por

turno, privándose de su propio alimento para consolarla.

Después del 31 de Mayo, el terror que reinaba en París penetró hasta la torre, y revistió á los hombres, á las conversaciones y á las precauciones de un carácter más odioso de rigor y persecución. Cada municipal acrisolaba su patriotismo sobrepajando la aspereza de su predecesor.

La Convención, después de decretar que la reina fuese procesada, ordenó que la separasen de su hijo. Quisieron leer esta orden á la familia real. El hijo se

arrojó en brazos de su madre, rogándole que no le abandonase á sus verdugos. La reina llevó á su hijo á la cama, y colocándose entre ésta y los municipales, les dijo que ántes que tocarle, la matarian. Amenazada en vano con la violencia si continuaba resistiéndose al decreto, luchó dos horas, hasta que le faltaron las fuerzas, contra las órdenes, amenazas, gestos é injurias de los comisarios. Cayó agobiada por el cansancio á los piés de la cama, y convencida por madama Isabel y por su hija, vistió al Delfin y le entregó, regado con sus lágrimas y bendiciones, á los comisarios. El zapatero Simon, elegido por la brutalidad de sus costumbres para reemplazar el corazón de una madre, condujo al Delfin al cuarto que debía ser tumba de este niño augusto. El Delfin permaneció dos días tendido en el suelo, rechazando todo alimento. La reina elevó mil y mil súplicas para que le permitiesen ver á su hijo una sola vez; pero estas súplicas fueron desechadas. El cerrojo cerraba día y noche la puerta del cuarto de las princesas. Los municipales desaparecieron también, y sólo tres veces al día subían los llaveros, para entregar los alimentos é inspeccionar las rejas de las ventanas. Ninguna mujer reemplazó á la esposa Tison, encerrada en una casa de locos. Madama Isabel y la joven princesa hacían las camas, barrían el cuarto y servían á la reina. El único consuelo de las princesas era subir todos los días á la plataforma á la hora en que el Delfin paseaba por la de su departamento, y espiar la ocasion para cambiar una mirada. La reina, durante estos paseos, permanecía apoyada en las celosías de las almenas, procurando entrever por una rendija la sombra de su hijo y oír su voz.

Tison, á quien los remordimientos y la demencia de su mujer habían ablandado mucho, iba furtivamente y de cuándo á cuándo á informar á madama Isabel de la situacion y salud del Delfin. Esta princesa ocultaba á la reina gran parte de las crueles noticias que recibía. El cinismo y brutalidad de Simon depravaban á la vez el cuerpo y el alma de su pupilo. Le llamaba el lobezno del Temple; le trataba igual que á los cachorros de los animales feroces que han arrebatado á su madre, á la vez intimidados por el látigo y enervados por el trato de sus domadores. Castigaba en él la sensibilidad, recompensaba la bajeza y alentaba el vicio. Enseñaba al niño á injuriar la memoria de su padre, las lágrimas de su madre, la piedad de su tía, la inocencia de su hermana y la fidelidad de sus partidarios. Le hacía entonar canciones obscenas en loor de la república, de la linterna y del cadalso. Ebrio Simon con frecuencia, se complacia con aquellas irrisiones de la fortuna que adulaban su bajeza. Sentado en la mesa, le servía el príncipe de pié. Un día, conservando cada cual esta terrible posicion, pegó Simon con la servilleta al Delfin en la cara, y muy poco faltó para sacarle un ojo. En otra ocasion cogió el morillo de hierro que sostenía la leña en el hogar, y amenazó matar al niño con aquella arma. Las más veces fingía condolersé bondadoso de su edad y de su desgracia, para engañar la confianza del joven y relatar á Hebert y Chaumette sus conversaciones. «Capeto,—le dijo un día, en el momento en que los vendeanos habían pasado el Loire,—si te libertasen los vendeanos, ¿qué harías?» «Perdonaros»,—le contestó el niño. Simon, conmovido con esta respuesta, reconoció el sangre de Luis XVI. Pero este hombre, engañado por el orgullo de su importancia, por el fanatismo y por el vino, no era susceptible ni de una constante ferocidad, ni de una durable contemporización. Eran la crápula y la brutalidad, destinadas por la fortuna para envilecer y desnaturalizar el último germen de la majestad.

XII

El 2 de Agosto á las dos de la madrugada despertaron á la reina para leerle el decreto que ordenaba su traslacion á la Conserjería mientras durase su proceso. Escuchó la lectura sin admiracion ni dolor. Era un paso más que avanzaba hácia el fin que veía inevitable, y que deseaba cercano. En vano su hija y madama Isabel se arrojaron á los piés de los individuos de la municipalidad suplicando que no las separasen, á la una de su madre y á la otra de su hermana. Ni una palabra ni un gesto se les contestó. La reina, silenciosa y aún medio desnuda, se vió en la necesidad de vestirse delante del grupo de hombres que llenaban su cuarto. La registraron. Sellaron algunos insignificantes objetos y las alhajas que sobre sí llevaba, los cuales consistían en una cartera, un espejo de bolsillo, un anillo de oro con cabello entrelazado, un papel en el que estaban inscritos dos corazones con letras iniciales, el retrato de su amiga la princesa de Lamballe, dos retratos más de mujeres que le recordaban amigas de la infancia en Viena, y algunos signos simbólicos de devocion á la Virgen, que le regaló madama Isabel como reliquia preservativa en sus infortunios y recuerdo del cielo en los calabozos. Sólo le dejaron un pañuelo y un pomito de vinagre, para volverla en sí si se desmayaba por la emocion de la despedida. La reina, cubriendo con sus brazos á su hija, la condujo á un ángulo del aposento, y allí, regándola con sus lágrimas y bendiciones, le dió su última despedida. Le recomendó el mismo perdon para sus enemigos y el olvido de las persecuciones que le legara el moribundo Luis XVI, y colocando las manos de la joven entre las de madama Isabel, le dijo: «Esta será desde hoy vuestro padre y vuestra madre; obedecedla y amadla como á mí misma. Y en vos, hermana mia,—dijo arrojándose en brazos de madama Isabel,—dejo otra madre para mis pobres hijos; amadlos como nos habeis amado hasta el calabozo y hasta la muerte».

Madama Isabel contestó algunas palabras, pero en voz tan baja que nadie las oyó. Sin duda era una recomendacion de su piedad que dominaba y santificaba hasta su dolor. La reina hizo un gesto de deferencia con la cabeza, y salió del cuarto con paso lento, los ojos bajos, y sin atreverse á conceder á su hermana é hija la última mirada, temerosa de que la abatiese la suprema emocion. Al salir del aposento se pegó en la frente contra la viga de la puerta baja. Le preguntaron si se había lastimado. «¡Oh! No,—contestó con un acento que abrazaba el todo de su destino;—nada puede hacerme daño en estos instantes.» La condujo á la Conserjería un coche en el que la acompañaban dos municipales y escoltado por gendarmes.

XIII

La cárcel de la Conserjería ocupa el piso subterráneo del palacio de justicia. Está, por decirlo así, abierta en sus mismos cimientos. Aquellas sombrías bóvedas del palacio de San Luis se hallan hoy muy encajonadas por la elevacion del piso; en las grandes ciudades, la tierra sumerge gradualmente los monumentos de los hombres. Estos subterráneos forman los calabozos, las antecámaras, los cuerpos de guardia de los gendarmes y los aposentos de los carceleros. Los largos corre-

dores, cuya bóveda va en disminucion como las naves de los claustros, comunican por una parte con arcadas que reciben la luz de los patios, y por la otra con calabozos á los que conducen algunos escalones. Los corredores estrechos, diseminados en este vasto cuadro de piedra, los oscurecen las altas murallas del palacio de justicia. La luz del dia baja perpendicular y en lontananza, como en el fondo de anchos pozos cuadrados. La alta calzada del muelle separa la Conserjería del Sena. La elevacion de esta calzada sobre el nivel de los calabozos y patios, junto con la filtracion del agua, cubre el piso, paredes y patios con una humedad sepulcral, que constantemente deteriora los cimientos, y que arboriza con musgo las piedras del edificio. Continuamente conmueven las bóvedas el embate del rio contra los puentes, el continuo ruido de los coches en el muelle, y el sordo de los pasos de la muchedumbre, que á la hora de los tribunales inunda las habitaciones superiores del palacio. Estos ruidos llegan á los oidos de los presos como un lejano trueno, y parece que se complacen en que nunca olviden los eternos gemidos de aquella mansion. Recuerdan el antiguo destino de este palacio de los reyes de las primeras razas, trocado hoy en morada del vicio y del crimen y en pórtico de la muerte, las macizas columnas, las bóvedas rebajadas, las estrechas ojivas y las sorprendentes esculturas con que el gótico cincel adornó los festones y capiteles. Estas gigantescas construcciones sirven de cimiento á la alta torre cuadrangular que en otro tiempo ostentaba los feudos del reino. Esta torre era el centro de la monarquía. En los cimientos de este palacio de la Edad Media, la venganza y lo inconstante de la fortuna encerraba la agonía de la monarquía y el suplicio del feudalismo. ¿Cómo hubieran creído los reyes de las primeras razas que con este palacio edificaban la cárcel y tumba de sus sucesores? El tiempo es el gran expiator de las cosas humanas; pero ¡ay! ¡cuán ciego se venga borrando con las lágrimas y la sangre de una mujer, víctima del trono, las injusticias y las opresiones de veinte reyes!

XIV

Después de bajar los tramos de una ancha escalera y atravesar dos puertas de calabozos, se llega á un claustro cuyos arcadas comunican con un patio, paseo de los encarcelados. A la izquierda, bajo este corredor, se encuentra una serie de puertas de madera de encina toscamente trabajadas, reforzadas con travesaños, cerraduras y macizos cerrojos. La segunda de estas puertas daba entrada á un cuartito subterráneo; el pavimento de este cuarto era tres pasos más bajo que el del corredor. Una ventana con reja robaba la luz á un patio estrecho y profundo como una cisterna vacía. A la izquierda de esta primera celda, una puerta aún más baja que la primera, pero sin cerradura ni cerrojos, daba entrada á una especie de sepulcro abovedado, cuyo pavimento y muro era de talladas piedras ennegrecidas por el humo de las antorchas y resquebrajadas por la humedad. Un tragaluz que daba al mismo patio de la antecámara, asegurado con entrelazadas barras de hierro, dejaba penetrar una luz semejante al crepúsculo. Formaban el miserable mueblaje de esta cueva, colocado en el fondo al lado opuesto de la ventana, una pobre cama sin cortinas, colchas iguales á las de los hospitales y cuarteles, una mesita de álamo, un cofre de madera, y dos sillas de paja. Aquí fué donde á medianoche y al resplandor de una vela de sebo sumieron á la reina de Francia, que de

infortunio en infortunio descendió de Versalles y Trianon hasta este calabozo. Colocaron de centinela en la primera cámara dos gendarmes con el sable desenvainado; la puerta de la reina debía permanecer abierta, de modo que nada del interior del calabozo pudiese ocultarse á los guardas; la consigna de los gendarmes era no perderla de vista ni durante el sueño.

XV

A pesar de todo, la ferocidad de los hombres suele no hallar siempre instrumentos implacables. Los calabozos también ofrecen quien se enterezca. Por un



El Delfín arrebatado á la reina.—Pág. 118.

gesto respetuoso, por una mirada de inteligencia, por una voz simpática, por una palabra robada á la vigilancia de las cárceles, conoce la víctima que no la abandona completamente la humanidad. Este contacto con lo que vive y con lo que sufre en la tierra alienta al desgraciado para respirar hasta su última hora. La reina comprendió en la actitud, en la mirada y en los sentimientos de madama Richard, esposa del alcaide, esa sensibilidad que se oculta con el rigor de su encargo. La mano que debiera maltratarla, fué la que le deparó consuelos. Las contemporizaciones que caben con la dureza de un arbitrario encarcelamiento, las modificaciones respecto á la consigna, á los alimentos y á la soledad, todo lo puso en juego madama Richard para que su prisionera conociese que aun desde el fondo de su calabozo reinaba sobre un corazón.

Madama Richard, realista por recuerdos, sentía más orgullo en tener la felicidad de secar una lágrima de la régia encarcelada, que en ver á la hija, mujer y madre de reyes á su disposición. Introducía en el calabozo muebles necesarios ó

agradables á la reina, y envió á buscar al Temple las labores de tapicería, ovillos de lana y agujas que habia dejado María Antonieta. Ocupando sus manos en el trabajo, se distraian los pesares de la reina. Por sí misma preparaba madama Richard los alimentos de la prisionera. Entraba frecuentemente, bajo pretexto de cumplir su cargo, á recomendar á los gendarmes de servicio la vigilancia debida, pero con el solo fin en verdad de informarse de los deseos de la reina, dirigirle palabras de simpatía y esperanza y distraer la soledad del dia y los insomnios de la noche. Le llevaba noticias de su hermana é hijos, noticias que se procuraba por medio de sus conocimientos en el Temple, y transmitia las de la reina á su familia, valiéndose para ello de comisarios de policía con cuya adhesion contaba. El alcaide Richard, aunque más severo en apariencia para ocultar mejor su complicidad, participaba de todos los sentimientos de su mujer, y dividia con ella su solitud para con la régia cautiva.

XVI

Ignoraba el pueblo la época en que debia juzgarse á María Antonieta. Esta dilacion del comité de salud pública hacia creer que queria engañar la feroz impaciencia del populacho ó debilitarla por medio del tiempo. Algunos municipales formaban secretos complots á fin de procurar la evasion de la princesa, y madama Richard favorecia la introduccion de estos adictos partidarios. Durante sus rápidas entrevistas, distraia sagazmente la atencion de los gendarmes que permanecian en la antecámara. En cuanto á Michonis, individuo de la municipalidad que con riesgo de su vida se habia ofrecido á la régia familia en el Temple, continuaba animado enteramente de iguales sentimientos en la Conserjería. Existen naturalezas generosas que seduce el infortunio y atrae el peligro. Michonis pertenecia á este número, así como Lepitre y Toulan.

Gracias á Michonis, un noble realista llamado Rougeville se introdujo en el calabozo, vió á la reina y le ofreció una flor que contenia un billete. Este escrito, en el que se hablaba de su libertad, fué sorprendido en las manos de la reina por uno de los gendarmes. Michonis fué preso, y los esposos Richard, privados de su empleo, fueron tambien encerrados en los calabozos donde habian dejado entrar la indulgencia. La reina tembló.

Pero todavía se encontró esta vez un corazon generoso para contener los ultrajes con que Hebert y Chaumette ordenaban martirizar á su víctima. Ni una sola mujer pudo hallarse que se prestara á ser instrumento de martirio de otra mujer que en tan elevada cuna se habia mecido, y que en tal desgraciada situacion se encontraba.

Pensóse en dar al feroz Simon la plaza de alcaide de la cárcel; pero Mr. Bault y su mujer, antiguos alcaides de la Force, solicitaron y obtuvieron dicha plaza, con la intencion de dulcificar la cautividad y consolar las últimas horas de su antigua señora. La princesa, que los habia protegido en sus dias de poder, alegróse de encontrar en ellos caras conocidas y corazones amigos.

Madama Bault, á pesar de las órdenes de la municipalidad, que mandaba dar á la reina el pan y agua de los presos, preparó por sí misma sus alimentos. En vez de la fétida agua del Sena, le hizo traer diariamente la cristalina de Arcueil,

que la reina tenia por costumbre beber en Trianon. Vendedores de flores y frutas del mercado, que surtian en otro tiempo las casas reales, llevaban furtivamente á la puerta del calabozo melones, albaricoques y ramilletes, que la esposa del alcaide hacia llegar á la reina como testimonio de la fidelidad del corazon en las más humildes condiciones. Así prestaba el interior del calabozo á la cautiva alguna imágen y fragancia de los jardines que tanto habia amado. Madama Bault, para afectar más rigor é incorruptibilidad en su vigilancia, no entraba jamás á ver á la princesa. Sólo la visitaba su marido, acompañado de los administradores de policía. Estos notaron un dia que se habia colocado una vieja tapicería entre la cama y la pared para preservar á la reina de la humedad del calabozo. Reprendieron por esta tolerancia á Bault, en la que segun ellos se traslucia al cortesano. Este encubrió su fin diciendo que habia tapizado la pared para ensordecer el calabozo é impedir que los demas presos oyesen las quejas de María Antonieta.

La humedad del suelo habia destruido enteramente los dos únicos vestidos, uno blanco y otro negro, que conservó la reina y que llevaba alternativamente. Sus tres camisas, sus medias y sus zapatos, sin cesar empapados de agua, estaban en el propio estado. La hija de madama Bault le componia los vestidos y calzado, y distribuia secretamente como reliquias los pedazos y restos que se desprendian. Esta jóven, introduciéndose todas las mañanas en el calabozo y enterneciendo con su gracia y jovialidad la rudeza de los gendarmes, ayudaba á vestir á la reina, mullia los colchones de su cama y peinaba á la encarcelada. Los cabellos de ésta, en otro tiempo tan rizados y rubios, encanecian y caian de una cabeza que sólo contaba treinta y siete años, como si la naturaleza predijese la brevedad de su vida.

XVII

La reina escribia con la punta de una aguja en la capa de cal de las paredes los pensamientos que queria retener. Uno de los comisarios, que visitó el calabozo despues de la ejecucion, dió á conocer algunas de estas inscripciones. La mayor parte eran versos alemanes ó italianos alusivos á su suerte. ¡Glorioso y arrebatador destino el de los poetas, prestar su voz á todas las felicidades y á todos los infortunios de la vida, como patentizando que ninguna felicidad ni miseria es completa si no se expresa con esa lengua de la inmortalidad! Las demas inscripciones eran versículos de la Imitacion, los Salmos y el Evangelio. La pared del lado opuesto á la ventana se veia enteramente cubierta. Eran páginas de piedra del libro de su martirio. El comisario quiso copiarlas un dia, pero la inflexibilidad de sus colegas mandó borrarlas al momento con una capa de cal, para que los gemidos de una reina no tuviesen eco en la república.

Los ligeros consuelos del encarcelamiento no pudieron extenderse jamás hasta modificar la desnudez y la oscuridad é incuria de la cárcel. La reina pidió otro cobertor de algodón más ligero que las pesadas mantas de grosera lana que la fatigaban en su sueño. Bault transmitió esta peticion al procurador general de la municipalidad. «¿Qué te atreves á pedir?—le respondió brutalmente Hebert.—¡Por eso sólo merecerias ir á la guillotina!»

El agradecimiento de la reina por tan solícitas atenciones no podia expresarse libremente ante los gendarmes. Intentó dar una vez un rizo de sus cabellos y un